

celado, los aspectos ocultos de una historia viva, condenada, como el propio Cerveto, al olvido más feroz. Son muchas las sugerencias de este documento que Gonzalo Herralde ha rodado con pasión y sin pericia. Los pasajes en los que Cerveto declara ante las cámaras, sincerándose unas, fingiendo otras, encolerizándose algunas (pero sin que pueda ser tan fácil distinguir objetivamente las tres posturas), forman parte de un complejo dramático que se salta las normas de la narración cinematográfica para adentrarnos en una realidad distinta. Una realidad que no tiene tampoco el lenguaje de lo cotidiano, y por eso inquieta y hasta estremece.

Si la película no llega a alcanzar el grado que merecía, quizá se deba a una timidez de Herralde por manipular de forma más brillante el documento original. Manipulación hay siempre, y es justo que así sea. No hubiera importado, pues, una mayor imaginación en el montaje o una mayor ambición en las reconstrucciones dramáticas. Lástima que eso sea así, porque Gonzalo Herralde se ha encontrado con un material único, superior sin duda, incluso en resultados a "Raza, el espíritu de Franco", su obra anterior. ■ DIEGO GALAN.

"Alicia en las ciudades"

Película realizada en 1973, inmediatamente después de la experiencia "española" "La letra escarlata" y pocos años antes de dirigir una de sus mejores películas, "En el curso del tiempo", en "Alicia en las ciudades", Wim Wenders concreta ya muchas de sus constantes temáticas, al menos las protagonistas, tanto en la citada "En el curso del tiempo" como en la posterior "El amigo americano": la soledad de un personaje desencantado, débil ante una sociedad que no entiende y le obliga a conductas que no le apetecen y, como conclusión, la posibilidad de una huida, de un largo viaje que pueda devolverle a la paz deseada o a la destrucción definitiva.

La poética de Wim Wenders tiene así que ver con la desolación ideológica de una juventud cinematográfica que a partir de 1968 se concretaría incluso en cineastas de gran envergadura —Bartolucci, por ejemplo— y en la



"Alicia en las ciudades", de Wim Wenders.

mayoría de los directores alemanes: Kluge, Fassbinder, Schlöndorff. Lo que de cualquier forma diferencia a Wenders de sus compatriotas es el aspecto narrativo de sus películas. Si Fassbinder no se dedicara tan a menudo al juego ególatra de querer sorprender por encima de todo y adquiriera, por el contrario, parte del rigor con el que Wim Wenders realiza sus trabajos, es posible que alcanzara metas más altas en la sugestión de las imágenes de sus películas. Sin embargo, sólo Wim Wenders logra esa unidad de estilo entre sus películas, coincidentes, a pesar de sus diferencias, en la capacidad de emocionar o sugerir por elementos aparentemente independientes de la anécdota. La fascinación o el terror que le producen los decorados urbanos, su sensibilidad para detectar con breves datos la soledad o angustia de sus protagonistas, los "tics" o manías con que éstos tratan de superar su situación vital son parte de esa poética, indiscifrable ahora en palabras precipitadas, pero reconocible en sus películas. Es probable, en este sentido, que "Alicia en las ciudades" no logre la capacidad de entusiasmo despertada por "El amigo americano" o "En el curso del tiempo"; se deberá, sin duda, a

que la anécdota narrada no tiene elementos tan originales. Pero aquí está igualmente su talento y su inquietud. ■ D. G.



TEATRO

Sala Cáceres: La cultura va por barrios

El momento puede resultar apropiado. Pese a quienes se afanan inútilmente en desvincular la circunstancia cultural de la política, lo cierto es que ahora, por fin a las puertas de un Ayuntamiento de nuevo y esperado cuño, es cuando la difusión teatral debe emprender su infiltración definitiva hacia las barriadas, rompiendo el muro elitista que lo reduce. Con estas miras, sin duda, abre sus puertas la Sala Cáceres, y el Centro Cultural Esquema, en uno de los distritos más populares de Madrid: la Arganzuela.

Contando con un pequeño —íntimo—, pero perfectamente acondicionado local, las pretensiones son amplias y esperanzadoras. Conferencias, debates, diferentes

cursos y, como punto clave, una ininterrumpida actividad teatral. El primer paso está dado y el centro ciudadano espera convertirse en un foco capaz de aglutinar las necesidades de su zona.

Pero tras el elogio a la empresa y su futuro, la irremediable objetivación ante el primer intento de su presente. La inauguración de la sala se realizó con el montaje "Deja que los perros ladren", del chileno Sergio Vodanovic. El autor propone la evidencia de la corrupción que por desgracia casi siempre lleva implícito el poder, dejando visibles los escandalosos hilos que mueven los intereses personales de los políticos. Un personaje perteneciente a la Administración es atrapado inesperadamente por este diabólico mecanismo, y toda su anterior vida de absoluta honradez se ve desmantelada e impotente ante las fuerzas que le presionan. Los valores éticos son rápidamente desplazados por el pragmatismo económico y el miedo a la pérdida del "status" personal. Pese a ello, el autor desea lanzar un mensaje de optimismo, y finalmente el funcionario se enfrenta valientemente al poder establecido en defensa de la justicia propia y colectiva.

El esquema ideológico no es disparatado en principio. Los ingredientes utilizados podrían

"Deja que los perros ladren", del chileno Sergio Vodanovic.



mostrar un resultado estimable si el tratamiento fuera adecuado. Dentro de un realismo de mediocre formulación, el simplismo del texto es atroz. Seco, manido, donde el tratamiento psicológico de los personajes nada tiene que ver con el estudio de seres reales.

Con todo, la realización podría haber paliado un tanto la falta de teatralidad. Se hubiera necesitado, desde luego, un montaje muy imaginativo y la colaboración de grandes actores. El grupo titular de la sala carece de medios humanos para lograr tal hazaña. Presenciamos una representación de barrio en el peor de sus clásicos sentidos, de parroquia. La falta absoluta de profesionalidad en todos sus componentes impide un mayor análisis sobre lo visto.

Sirva el ejemplo para que el acercamiento del teatro a los estadios más populares no caiga en similares falacias que podrían resultarle mortales a muy corto plazo. Prescindir de mercantilismos, de lujos estériles, nunca puede justificar la carencia de un mínimo rigor; antes al contrario, crear nueva clientela está en virtud de la calidad del producto. Desde la elección del texto hasta su perfecto tratamiento, el teatro de barrios debe entender que el acercamiento a un nuevo espectador debe ser sumamente ajustado, preciso, impecable detonante que ponga en movimiento toda una necesidad cultural.

La Sala Cáceres puede y debe significar algo más. Es de esperar que sus organizadores así lo entiendan pronto y claro. ■ MIGUEL A. MEDINA.

DISCOS

"La noche de los falsos andróides"

Naturalmente, no podíamos resistirnos: ha llegado el momento de escribir sobre Devo. Era inevitable. Devo son maestros en la manipulación de los medios de comunicación. Han comprendido que la única vía para destacar en un mercado supersaturado y

harto de falsas novedades es involucrase en un montaje estético-filosófico capaz de desorientar a los celadores de los "media". Y han obrado en consecuencia.

Así, su imagen es casi tan atractiva como su concepto. Cinco ex universitarios jugando a artistas vanguardistas en medio del desierto cultural americano (más exactamente, en Akron, estado de Ohio, capital mundial de los neumáticos). Lanzando mensajes esporádicos a través de discos grabados y comercializados por ellos mismos. Exprimiendo las teorías de los expresionistas y los dadaístas europeos. Saturando sus cerebros de basura subcultural, embriagándose con las películas de George A. Romero y

Roger Corman, mamando de la pequeña pantalla. Filmando cortometrajes que visualizan sus ideas, derramadas posteriormente ante los oídos de críticos y periodistas, demasiado sorprendidos para señalar incoherencias o apercebirse de que están siendo utilizados. Y como resultado, una furiosa contienda entre las grandes compañías fonográficas para asegurarse sus servicios, que desemboca en litigios y finalmente en un arreglo que permite la edición de su primer disco de larga duración.

Devo han saltado a los grandes circuitos predicando la "devolución", ataviados con una serie de ridículos uniformes de connotaciones quirúrgicas, in-

dustriales, deportivas, delictivas... que desempeñan perfectamente el papel de catalizadores de la provocación, como se demostró el pasado año en el festival al aire libre de Knebworth, donde los supervivientes de la contracultura salieron de su habitual apatía para bombardear a los cinco músicos cibernéticos con todo lo que tenían a su alcance.

Devo pueden ser una parodia feroz, un fraude inteligente, unos adelantados de la estética de finales del siglo XX o una grotesca síntesis del rock de los sesenta. Tal vez sean todas esas cosas a la vez. Lo que sí es seguro es que van a tener dificultades para conquistar el mundo con LPs tan inhóspitos como su debut (1).

Brian Eno, como productor, y Conrad Planch, como técnico de grabación, han forjado un sonido enservante y metálico que oculta el humor absurdo que iluminaba los primeros "singles" del grupo. Corte por corte, hay momentos excelsos como la recreación del "Satisfaction" rollingstoniano, con un ritmo medio "reggae" que mantiene una inquietante tensión. Y justificando también su papel de alargadores de los mitos del "rock", el "Come back Jones", donde el Johnny B. Good de las clásicas historias de Chuck Berry muere en un accidente de circulación. Sin olvidar "Jocko homo", su febril aportación a la teoría darwiniana o "Too much paranoias", que enlaza con las desgarradas alucinaciones de Captain Beefheart. Y concluyendo con "Shrival up", donde recuerdan que "la regla número uno es que vivir como Dios manda no es divertido".

No es divertido este robotizado primer LP de Devo. Se hace difícil paladear su ingenio bajo un revestimiento tan amenazador como los dientes de una sierra mecánica en movimiento. Tal vez Devo hayan llegado demasiado pronto: el medio ideal para ellos sería el videodisco o la videocassette, que permitirían gozar de su música al mismo tiempo que de su coreografía y su atrezzo. Pero la industria no ha evolucionado lo bastante en la comercialización de estos inventos. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

(1) DEVO: "P... No somos nosotros hombres 7/R. - Nosotros somos Devo" (Ariola 26353-1).

Devo.

